Nombre: _____ Fecha: _____

La poza del río

Lea el relato con calma. Si lo desea, léalo dos veces.

En el pueblo de Teresa, en la sierra de Ávila, el río formaba una poza grande y profunda debajo del puente de piedra. En agosto, por las tardes, medio pueblo bajaba a bañarse: los chavales se tiraban desde las rocas, las mujeres metían los pies en el agua helada y los mayores jugaban a las cartas a la sombra de los alisos.

Teresa tenía veintidós años y no sabía nadar. Había pasado todos los veranos de su vida sentada en la orilla, cuidando las toallas y diciendo que el agua estaba demasiado fría. Aquel año, su tío Paco, que había sido pastor y nadaba como una nutria, decidió que ya estaba bien. «Mañana a las cinco, en la poza», le dijo. «Y trae bañador, no excusas».

Al día siguiente, Paco apareció con dos calabazas secas, huecas y atadas con una cuerda, y se las colocó a Teresa en la cintura, una a cada lado, como unas alforjas. «Así aprendí yo, y así aprendió tu abuela», le explicó. «Las calabazas no se hunden, y tú tampoco». Desde la orilla, sus primos se partían de risa. Teresa estuvo a punto de volverse a casa.

Pero se metió. El agua estaba tan fría que le cortó la respiración, y durante un buen rato solo fue capaz de una cosa: sujetarse a las calabazas. Paco, con el agua hasta el pecho, le enseñó a mover las piernas como las ranas y los brazos como quien aparta una cortina. «Despacio», le repetía. «El río no tiene prisa».

Teresa volvió a la poza todas las tardes. Al principio la cruzaba con las dos calabazas; luego, con una sola; más tarde, sin ninguna, con Paco nadando a

La poza del río (sigue)

su lado. Los primos dejaron de reírse y empezaron a contarle las brazadas desde la orilla. Una tarde de finales de agosto, Teresa cruzó la poza entera ella sola, de la roca grande al puente, y al llegar no supo si temblaba de frío o de orgullo.

Esa noche, Paco dejó las calabazas encima de la mesa de la cocina, atadas con la misma cuerda. «Ya no te hacen falta», le dijo. «Guárdalas para el que venga detrás». Teresa las colgó de un clavo en la pared, junto a la alacena. Allí siguieron muchos años, y más de un sobrino aprendió a nadar con ellas.

Para conversar. No hay respuestas buenas ni malas: cuente lo que recuerde.

- ¿Sabe usted nadar? ¿Dónde y con quién aprendió, o qué se lo impidió?
- ¿Dónde se bañaba la gente en verano cuando usted era joven: en un río, en el mar, en una alberca…?
- ¿Quién le enseñó a usted algo que al principio le daba miedo o vergüenza?
- ¿Qué le parece aprender algo nuevo siendo ya adulto?

La poza del río: preguntas

1 Sin mirar el relato, conteste a estas preguntas. Si no recuerda alguna, vuelva a leer esa parte.

1. ¿Dónde formaba el río la poza?

2. ¿Cuántos años tenía Teresa?

3. ¿A qué se había dedicado el tío Paco?

4. ¿Qué le colocó Paco a Teresa en la cintura?

5. ¿Cómo le enseñó Paco a mover las piernas?

6. ¿Dónde colgó Teresa las calabazas?

2 Ordene lo que pasó: escriba 1, 2, 3 y 4 en las casillas.

- ☐ Teresa cruza la poza con una sola calabaza.
- ☐ Los primos se ríen desde la orilla.
- ☐ Teresa cuelga las calabazas de un clavo.
- ☐ Paco cita a Teresa en la poza a las cinco.

La poza del río: soluciones

1 Preguntas de recuerdo

1. ¿Dónde formaba el río la poza?
   Debajo del puente de piedra.

2. ¿Cuántos años tenía Teresa?
   Veintidós.

3. ¿A qué se había dedicado el tío Paco?
   Había sido pastor.

4. ¿Qué le colocó Paco a Teresa en la cintura?
   Dos calabazas secas, atadas con una cuerda.

5. ¿Cómo le enseñó Paco a mover las piernas?
   Como las ranas.

6. ¿Dónde colgó Teresa las calabazas?
   De un clavo en la pared, junto a la alacena.

2 Orden de los hechos

3 Teresa cruza la poza con una sola calabaza.

2 Los primos se ríen desde la orilla.

4 Teresa cuelga las calabazas de un clavo.

1 Paco cita a Teresa en la poza a las cinco.